

Quedamos, para dar, con nuestra queja,  
Materia eterna á su inmortal contento.  
Sólo de nuestro amor al cargo deja  
La merecida fama, y del humano  
Ser, indignada, su beldad aleja.  
Vive nueva deidad; si el soberano  
Jove su copa ya á tus labios bellos  
Mejor concede que á la fría mano,  
O si entre los purísimos destellos  
Del alto firmamento luz moderna,  
Eres, como en la tierra injuria de ellos,  
Virtud allá de su eficacia eterna.

Madrid y Febrero 8 de 1749.

ESTANCIAS (1).

Ya, Mercurio del Júpiter de España;  
Ya, nuevo París, no entre la selvosa  
Cumbre del Ida, sino en la que erige  
El arte vencedor, más laboriosa,  
Más regular, y no inferior montaña,  
Las tres antiguas émulas suspiran  
El premio de beldad suma á que aspiran.  
¡Oh cuántas al certamen generoso,  
Costosas glorias, ínclitos sudores,  
Logradas ansias cada cual produce,  
Coronadas de tantos esplendores;  
Cuántas gotas la frente al operoso  
Conato exhala, cuando en justa norma  
El lienzo, el edificio, el bulto formal  
Grave la una miro, y corpulenta  
Digna esposa de Jove, que á su fuego  
Debe tal vez sublimes producciones;  
Autora de los dioses, que honra el ruego;  
De piedras y metales opulenta;  
Y si el diáfano viento no preside,  
En él su verdadero espacio mide.

Otra, ya belicosa el brazo aplica  
A las rígidas armas, ya la mente  
A las ciencias veraces, y el estilo  
De las doctas edades diestramente  
En las ruinas magníficas explica;  
Templos labra á los dioses celestiales,  
Y morada inmortal á los mortales.

Otra la tersa tez al colorido  
Fia lasciva, y al paterno cielo  
Luces mendiga, trasparencias miente;  
Alma del mundo, su fecundo anhelo  
Formas produce ó muda, y repetido  
De un lienzo opaco en el espejo inculto,  
Mágica finge el cuerpo sin el bulto.

¿Qué espera ya tu arbitrio soberano?  
Perdone en tanto el sabio Caduceo;  
Y las suertes concede, que á más gloria  
Multiplica felices, para empleo  
De tanto genio, prodiga tu mano;  
Pues al honor del premio que repartes,  
Todas son Vénus las hermosas artes.

Todas abrigan en su blando seno  
Turba de Cupidillos, si consiente  
El amor de las artes este nombre;  
Juegan cercanos con audacia ardiente,  
Corriendo el campo del estudio ameno;  
La competencia aumenta los esmeros,  
Y émulo de la gloria nace Anteros.

Consagra al alto Júpiter hispano,  
Con fausto auspicio, el templo prodigioso,  
Honor de la nación, gloria del orbe,  
Logro de tu cuidado generoso;  
Reciban de su gracia y de tu mano  
El premio, aquí donde hizo en cada parte  
La última pompa de su esmero el arte.

Ya será digna al ínclito Fernando  
La morada, que hoy lustran á tu año,  
Sus reales virtudes, que ya encienden  
En los recientes lares puro fuego;

(1) Fueron leídas por el Conde de Torre Palma, conciliario de la Real Academia de San Fernando, en la junta pública celebrada por esta misma Academia el 25 de Diciembre de 1753.

Blanca llama, la infausta mejorando  
Del incendio voraz, al cielo sumo  
Levante la piedad, el voto, el humo.  
La justicia, el amor y la clemencia;  
La liberalidad, el premio justo,  
Bien como el sol las matutinas aves,  
Que viene, anuncian, ya su dueño augusto.  
Ciertos anuncios dan de su presencia,  
Clamando, cuando á verle se aperciben,  
Que viva el Rey donde sus glorias viven.  
Que viva más que al tiempo ruinoso  
Siglos despreciará el alcázar culto;  
Que viva más que en los eternos bronces  
Su nombre, ó en los mármoles su bulto;  
Viva, siempre feliz y siempre esposo  
De la que hace dichoso, sin segundo,  
Al que es la dicha de uno y otro mundo.

Y vosotros, maestros excelentes,  
Que dais vida á su imagen y amplio espacio  
A su trono real, los laureados  
Instrumentos dejad, del gran palacio  
En los frisos altísimos pendientes,  
Para que logren de la edad futura  
Timida imitación, gloria segura.  
Y no menos vosotros, turba ardiente,  
Juventud en las artes iniciada,  
Plantel de honor del siglo sucesivo,  
Seguid la áspera senda comenzada;  
Que desde el arduo fin benignamente  
Os llaman, ostentando su belleza,  
La virtud, el honor y la riqueza.

LAS RUINAS.

Pensamientos tristes.

Sobre las altas y desnudas rocas  
Que del sagrado Tajo presuroso  
Asombran las profundas aguas puras,  
Ménoa sentado que rendido y triste,  
El infeliz Alfeo al sordo viento,  
Al silencioso yermo, confiaba  
Entre no mudas lágrimas sus males,  
Y entre largos suspiros breve aliento.

Condoler hizo lastimosamente  
El eco tierno los peñascos duros,  
Y mil veces el nombre repetido  
De Fili resonar los altos montes.

Ya declinaba á sus postreras horas  
Mal conocido el día, y el nubloso  
Cielo de blanca nieve encaneada  
Las vecinas montañas, dilatando  
La ya dudosa luz en sus reflejos.

Cansado de llorar, levanta apenas  
La macilenta cara, y el cercano  
Boreal horizonte apenas mira,  
Que, de negras aguijas coronado,  
Al cielo torres, majestad al suelo  
De la antigua Toledo ofrece grave;  
Cuando á la desolada fantasía  
Da lamentable especie el cruel destrozo  
Del alto alcázar; y la gran ruina

Mirando, así entre lágrimas prorrumpe:

«¡Oh suerte humana, aún á las piedras frías

De sus mortalidades contagiosas!

¡Oh suerte humana, que la eterna roca,

Burladora en su asiento de los años,

Apénas á su imperio condujiste,

Cuando, de frágil forma en ser segundo,

A duración caduca la obligaste!

¡Oh suerte humana! ¡No le bastaría

Al ruinoso edificio el diente oculto

De un día y otro, de uno y otro año,

Para que al paso de la edad medido,

Se fuesen desconchando y desluciendo

Los blancos muros, las almenas altas

Al golpe de los vientos; y las torres

Erguidas lentamente, desplomando

Su corpulencia grave, y que el embate

De muchos siglos, aún cruel entonces,

Postrase tanta máquina sublime,  
Sin que de acerbos hados feneciese?  
¡Rompe, también, intempestiva parca  
A la impropia, á la vida artificiosa  
De lo insensible, el nunca visto hilo?  
Pero su dura ley nada perdona;  
¡Oh suerte humana, á dura ley sujeta!  
¿De qué sirvió que la juiciosa mano  
Erija incorruptibles sus trofeos  
A la inmortalidad, en jaspe y bronce?  
¿De qué al arte sagaz dotar de eterna  
Firmeza la robusta arquitectura,  
Si no hizo inmune el que fundó constante?

En vano, en tu decoro repetidas  
Vió nuestra edad las peregrinas señas  
Que el pincel y el escoplo tradujeron,  
Desde la arcana antigüedad del mundo,  
De la desnuda Arcadia, de la austera  
Esparta, de la triple marcia Roma,  
Para que en ti viviesen nuevamente  
Cuántas virtudes coronó la fama,  
Ya en el candor de los primeros siglos,  
Ya del adulto mundo en las fortunas.

Tu hermosura, que pudo al peregrino  
Rémora dulce ser, y al ciudadano  
Soberbia gloria y respetoso objeto,  
Huyó en incendio breve, y solamente  
El triste acuerdo á la memoria queda.  
A la memoria, que en tu ruina grande  
Mayor imagen con dolor percibe,  
A la memoria, pasto venenoso  
Del ánimo infeliz, que está royendo  
Su mortal cebo con canino diente.  
Ella de entre sus pórpidos caídos  
Levanta ideas tristes, y en las señas  
De una ruina, otra ruina copia.

Fábrica fué mejor, y la más bella  
Que á la enemiga luz de infausto oriente  
Dió el autor del pequeño y grande mundo.  
Alcázar fué, que un tiempo dedicaron  
El honor, la concordia y la fortuna  
Para albergue y asilo venturoso  
De la inviolada paz, de la fe inmune;  
Y para conservar á las edades,

Aun más que las imágenes hermosas  
De héroes felices, de infelices reyes,  
De la austera virtud el duro ejemplo;  
Ya en propia imitación, ya trasfundido  
En la aptitud dichosa con que nace  
Quien la bondad á quien el ser le debe.  
Templo fué immaculado del más puro  
Amor que llamas aceptó legales;  
De cuyo fuego ardientes son cenizas  
Los suspiros exánimes, que apenas  
Durando en ellos, moribunda exhala  
Mi vida, más de su dichoso fuego,  
Que del fatal tizon la otra pendiente.

Ya ruina menor yace, que no deja  
Tantos despojos del completo triunfo  
La verdadera muerte, ni perdona  
A las mudas reliquias, ni concede  
Aun lo mismo que deja; y así, en tanto  
Que en sus quebrados jaspea permanecen  
La memoria y la lástima durables,  
Lástima sólo, y sin fragmentos ruina,  
Me permiten los hados, que supieron,  
De las sangrientas furias irritados,  
Destrozar más, con potestad inicua,  
Que componer gratísimos pudieran.

Si no viene á su dura ley sujeta  
La virtud santa, y del etéreo Olimpo  
Merecida desciende al pecho humano,  
¿Por qué, á su dura ley, la vida, el lazo  
De la virtud y el hombre se disuelve?  
¿Preserva de los rayos del tonante  
Breve laurel; aún en la impia frente,  
Que (más de temerarios pensamientos  
Que de sagradas hojas guarnecida)  
Su ira concita, y de la horrible parca  
A la invisible flecha, no reserva  
La luciente diadema de incorruptas  
Virtudes, que se ciñen con respeto

Los dioses celestiales; domestica  
La hermosura las fieras, y aún á verla  
No se detienen los urgentes hados?

Mas, si ellos p perfecciones respetáran,  
Fuera nuestra fortuna diferente;  
Tú, constante en el alto y firme asiento,  
Contrastáras el tiempo; y yo, dichoso,  
A los dioses la suerte no invidiara.

Viviera Fili, y en su vida sólo  
Mayores bienes nuestra edad tuviera,  
Que la credulidad supersticiosa  
En el siglo feliz del oro admira.

Viera en su ánimo grande nuestro mundo  
Familiares los dioses, si los dioses  
Ethereas son virtudes; viera el suelo  
Segunda vez la fugitiva Astrea  
Su mansion habitar, y de un sencillo  
Corazon admitir el trono humano.

Las dichas y los cándidos placeres,  
Con las risueñas gracias, su belleza  
En séquito cortés acompañando,  
Felicidad vertieran y alegría  
Delante de sus ojos celestiales.

Viviera Fili, y el corrupto siglo  
Mirara renovar, con raro ejemplo,  
La integridad sabina, la romana  
Constancia, y de las griegas hermosuras  
Casta censura, en superior belleza.

Pero tanto los dioses aborrecen  
Al mundo inicuo; tanto indigna vive  
La virtud en la tierra, que ella acorta  
Al ánimo que adorna el vital plazo.

Oh digna causa de una prodigiosa  
Muerte, cuyos principios ignoraron  
La sabia medicina y la más sabia  
Naturaleza, que admiró, confusa,  
De sus leyes el orden profanado.

Lozana juventud, ¿dónde tenías  
Tu robustez, tus fuerzas arrogantes,  
Tu salud vividora? Mas ¡qué digo!  
¿Cuándo no están en brazos de la muerte?

Y tú, burlado amor; tú, de las pareas  
Súbdito humilde, que á su imperio cedes  
Tus más altos trofeos, dónde estabas?  
Pero, ay, que estabas en mi incauto pecho;  
Y aunque cruel, medroso como niño,  
Viendo en mi corazon el trance duro,  
De horror estabas tú también batiendo,  
Asustado, las trépidas alillas;

Y las divinas flechas de la aljaba  
Cayéndose sin orden, las entrañas  
Con mil diversas puntas mil venenos  
Me penetraban tormentosas, mientras  
Timido tú temblabas del espanto.

¿Qué mucho, si al suceso lastimoso,  
Temblar sensibles de piedad pudieran  
Esas altas esferas cristalinas?

Decidlo, Musas, y al horrendo caso  
Levantad, si podeis, el grito mio;  
Despedazad en doloroso canto  
El ronco pecho, y conceded al labio  
Voz que convenga al triste pensamiento,  
Cantad aquí; cantad, entre estas ruinas,  
Como en sima funesta horrible y propia,  
De mi eterno dolor la causa fiera.

Y tú, sagrado Tajo, á tus corrientes  
El fragoso rumor embrevenciendo,  
Acompaña mi voz, y el Oceano  
Mi llanto escuche en tus postreras ondas.

Tú, noche, que á mis cantos amorosos  
Fresco silencio y atención prestaste,  
Por tus callados páramos dilata  
En ecos pavorosos mi lamento.

Vosotras, blancas Driades hermosas,  
Que, tal vez más con vuestras rubias trenzas  
Que no con la preciosa arena, hicisteis  
Rica la amena márgen, las cabezas,  
Del peñascoso albergue, mal enjutas,  
Sacad piadosas, y llorad conmigo.

Mientras el triste Alfeo arrebatado  
Al llanto así de su dolor convoca  
Las impropicias Musas, las nocturnas



Sombras y las corrientes espumosas;  
El frío viento, con doblada fuerza,  
De las espesas nubes desplumaba  
Las blancas alas, y al absorto amante  
Con no sentida nieve iba cubriendo.

Levanta al cielo, que nubloso aún niega  
Sus luces bellas, los turbados ojos;  
Y en su atención la débil fantasía,  
Objetos figurando, donde goza  
Más verdadera luz el invisible  
Espíritu dichoso, le descubre  
La imagen de su Fili; ya los miembros  
En invencible rigidez padecen  
Mortífera quietud; el yerto labio  
Ya el nombre amado apenas articula.  
Fija la vista, y más el puro afecto,  
En la celeste imagen, letal frío  
Los últimos espíritus extingue,  
Y en alta nieve yace.

A la procesion de rogativa que se hizo en Granada, el año 1734,  
por la falta de lluvias, en que salió Nuestra Señora de la Au-  
rora.

## SONETO.

Ya del eterno sol, divina Aurora,  
A tu albor matutino, en nuevo día,  
Renace el pueblo, y de la noche fría  
Huye el horror, y el cielo se colora.  
Ya te saluda en tu primera hora  
Tanta ave dulce, dulce ave María,  
Compitiendo en tu agrado la armonía  
Del que himnos canta y del que culpas llora.  
Salude alba tan pura húmedo cielo  
Con fecundo rocío, y tu semblante  
Vivifique uno y otro campo adusto.  
Vuelve, Señora, á ser nuestro consuelo;  
Danos nube de lluvias abundante,  
Como ántes diste de tu seno al Justo.

En elogio de las adiciones y correcciones que á la célebre Raquel,  
de don Diego de Ulloa, puso, de orden de una dama, don Juan  
Altamirano.

## SONETO SATÍRICO.

Si en la hebreá hermosura, que desdora  
La memoria de Alfonso esclarecido,  
De España el hado infausto vió vertido  
El encantado cesto de Pandora;  
Si al copiar la beldad que lo enamora,  
Ulloa, á mil desgracias ofrecido,  
Vió inanimado el bulto apeteido,  
Que con celeste ardor se informa ahora;  
Ya, mejor Prometeo, á su hermosura  
Da, con fuego apolíneo, sér segundo,  
En luz, robada no, sino influida  
De nimen tal, que á su eficacia pura  
Deben belleza, acierto, aplauso, vida,  
Raquel la copia, Altamirano el mundo.

Reverso de la medalla antecedente.

## SONETO SATÍRICO.

Al fuerte patriarca la primera  
Raquel á larga senectud redujo;  
Al victorioso Alfonso, torpe indujo  
La segunda á manchar su gloria entera,  
La mental, la canora, la tercera,  
Al grande Ulloa duros hados trujo.  
Oh hermosa nociva, cuyo influjo  
Fatal aún en las copias persevera!  
Mas ya de la beldad el hado infausto  
Venice un impetu sacro y soberano,  
Que en nueva copia el nombre antiguo emplea.  
Jacob descansa, Alfonso viva casto,  
Ulloa se asegure; Altamirano  
Lo enmienda todo, haciendo á Raquel fea.

Al desposorio de la serenísima infanta de España doña María Teresa  
con el serenísimo Delfín de Francia.

## INVOCACION DE HIMENEO.

Vén, Himeneo; vén, vén, Himeneo,  
Del cielo luminoso,  
Descada deidad, grata descende  
Al tálamo real de virgen bella,  
Y al voto ardiente del amante esposo,  
De nueva luz enciende,  
No ya tea nupcial; fansta, sí, estrella,  
Que coroné de dichas el deseo.

Vén, Himeneo; vén, vén, Himeneo,  
De aquella pura llama,  
Nudo y vida del mundo, que produce  
La amistad santa y la concordia fuerte,  
La hacha legal en casta luz inflama;  
Aquel fuego en que luce  
La verdad, la virtud, la feliz suerte,  
Se propague en tu antorcha por trofeo.

Vén, Himeneo; vén, vén, Himeneo,  
Desciende, nimen bello,  
Coronado de gracias y de amores,  
Y con suave mano la coyunda  
Enlaza en uno y otro tierno cuello;  
Que ignoren los rigores  
De la edad, y perpétua su fecunda  
Juventud burle del senil Proteo.

Vén, Himeneo; vén, vén, Himeneo,  
El tálamo suave,  
Como de frescas rosas Citera,  
Amor de lirios cándidos florezca;  
Cándidos entre tanto que del grave  
Metal el fulgor sea  
Esplendor de sus hojas, y que ofrezca  
Campo el cielo al blason de Clodoveo.

Vén, Himeneo; vén, vén, Himeneo,  
Vén, pues, acompañado  
De la Gloria, el Honor y la Fortuna,  
A quien la Paz y la Victoria sigan,  
Y etérea Astrea, en plastro laureado,  
Descenderá oportuna  
De su celeste asilo, si la obligan  
Altas virtudes en heroico empleo.

Vén, Himeneo; vén, vén, Himeneo,  
De los felices hados,  
Que reservan los astros misteriosos,  
Al franco pueblo y á la hesperia gente,  
A la voz de su madre aún no fiados,  
Revela tú, gloriosos,  
Los triunfos que preparas, si consiente  
El nupcial coro trompas del Febo.

Vén, Himeneo; vén, vén, Himeneo.

## EL JUICIO FINAL (1).

Alma horrisona al duro bronce infunde  
Aligero escuadron, á cuyo ruido,  
La tierra, el mar, el viento se confunde,  
Y el eco vuelve el miedo repetido;  
Y miedo que antecede al que difunde  
A cuanto yace pálido y dormido,  
Tremenda voz, la que terror segundo (2)  
Extendió por los ámbitos del mundo.  
«Venid al juicio del tremendo día,  
¡Oh muertos! dice. Glorias y maldades

(1) Copiado de un manuscrito autógrafa del Conde de TORREPALMA, que se conserva en la biblioteca de su ilustre casa, en Granada. Debemos esta copia á la bondad de nuestro digno amigo el señor Duque de Gor, descendiente del célebre poeta.

Todo indica que falta el principio del poema. No es verosímil que un poeta de aquel tiempo empezase sin invocación un canto de esta especie. Puede conjeturarse además, por otras razones, que el autor no dio la última mano á esta obra. (N. del Colector.)

(2) Llama el poeta *terror segundo* al que ha de causar la destrucción del género humano por el fuego, aludiendo, al parecer, á la destrucción primera por el agua, que ya había cantado TORREPALMA en *El Decaíon*. (Idem.)

Sin velo están: se hundió la monarquía  
Que eterna idolatrarón las edades.  
Robó el incendio, con igual porfía,  
Los reinos, las provincias, las ciudades:  
Ya una misma ceniza ha confundido  
La humilde choza y el palacio erguido.  
» La república alada de los vientos,  
Pavesa ya, dejó su reino vago;  
El prado y monte gimen, macilentos,  
De su pueblo cuadrúpedo el estrago;  
De las llamas los ímpetus sedientos  
Se bebieron el río, arroyo y lago...  
Levantad, pues; que en trágica campaña  
Ya ostenta el fuego su mayor hazana. »

Gimió la tierra al formidable acento,  
Temblaron sus cimacios eternos,  
Rimbombaron las ráfagas del viento,  
Turbáronse los orbes celestiales;  
El mar bramó, y en raudó movimiento  
Subió á la esfera en montes de cristales,  
Descubriendo entre tantos parasismos  
Sus entrañas la tierra y sus abismos.  
Cuando así lo insensible, portentoso  
Del Juez se mira el enojado ceño,  
Los sepulcros, que en lecho tenebroso  
El último guardaban fatal sueño,  
Rasgando ya su seno pavoroso  
(Funesto asilo de su triste dueño),  
Volvieron de repente al sér humano  
Cuanto robó la inexorable mano.

Tornóse á concertar la artificiosa  
Fábrica de los miembros destruida;  
Búscóse una á otra parte cuidadosa,  
Para otra vez cobrar la antigua vida;  
Brotó la tierra, en fin, tanta copiosa  
Organizada miés, por sí movida,  
Que dejáran por vana su tarea  
Las semillas de Cadmo y de Medea (1).

Pequeña escuadra es, ínfima parte  
De copia tanta, en número infinita,  
La inmensa multitud del persa Marte,  
Que al licio Janto sus cristales quita (2);  
No esfuerzos el valor allí reparte;  
Los ánimos el miedo debilita;  
Suplicios sí, no hazañas, helicosa,  
La inerme tropa aguarda temerosa.

Levanta impio su fatal semblante,  
Mas ¡qué informe! ¡qué pálido! ¡qué horrendo!  
El miedo horrible del suplicio instante  
Del pecho arranca el suspirar tremendo;  
Batalla el corazón, late incesante,  
Y encontrados impulsos confundiendo,  
Se aira, tiembla, fallece, y á horror tant  
Se añade luégo inconsolable llanto.

Cuál, infeliz, en su conciencia mira  
No haber razón que del castigo indulte,  
E intenta, por huir del Juez la ira,  
Que el mar en sus abismos le sepulte;  
O de alto monte, en su dolor, suspira  
Por bárbaro sepulcro que le oculte...  
Su temor escondiera aún del infierno  
En el profundo lago sempiterno (3).

Cuál, contra sí cruel, muerde incesante  
La mano que á obrar mal le fué obediente;  
Cuál maltrata su pálido semblante;  
Cuál mesa sus cabellos impaciente;  
Pero ya, bien que no la de Thaumante  
Hija etérea (4), aparece refulgente  
El arco hermoso, de colores ciento,  
Que sustenta del Juez el alto asiento.

Rasgados ya los cielos á la saña  
De la ardiente tonante batería,  
Poblarse el aire, que de luz se baña,

(1) Reminiscencia de los libros III y VII de las *Metamorfosis*, de Ovidio. Sabido es que el Conde de TORREPALMA imitó al poeta latino en *El Decaíon*. (N. del Colector.)

(2) Alude aquí, sin duda, el autor al innumerable ejército de Jérges. (Idem.)

(3) *Quis mihi hoc tribut ut inferno protegas me et abscondas me donec pertranseat furor tuus*. (Idem.)

(4) Hija de Thámas ó Thaumante, sobrenombre de Íris. (Idem.)

De aligeras escuadras se veía.  
El régio trono por la azul campaña  
En las alas del viento descendía;  
Anuncios de que viene ya cercano  
El Dios de las venganzas soberano (5).

En medio, pues, de la ancha región clara  
Más que los astros, aparece hermosa  
Aquella de virtud divina vara,  
Que de la alta Sion baja gloriosa;  
Porque ya viene á dominar preclara  
De su enemigo entre la turba odiosa (6):  
Sacro estandarte, cuyo signo dice  
El mayor lauro, el triunfo más felice.

Ya en esto, con su córte, descendía  
De sus sacros palacios paternales  
El Rey de la más alta monarquía,  
El Señor de los reinos inmortales,  
A quien carro de fuego conducía,  
Y á las bárbaras tropas desleales  
Aumentaba las ansias y desmayos  
El horrisono estruendo de sus rayos.

Al pasar las regiones cristalinas  
La ignífera carroza, los lucientes  
Astros que luces ven más peregrinas,  
Se retiran y ceden reverentes;  
Elice y Cinosura en sus marinas  
Vedadas aguas se entran diligentes;  
Tiembla el Leon; huye Oríon lluvioso;  
Corre de Europa el robador hermoso.

Con mortal palidez la luna errante  
Callaba, envuelta en las tinieblas frías,  
Por faltarle al tributo radiante  
La luminaria eterna de los días;  
El aparato, en fin, llegó triunfante,  
Y el tribunal dispuesto contra impias  
Trasgresiones de su alto testamento,  
Majestuoso el Juez tomó su asiento (7).

De las cavernas del eterno llanto  
Nocturna infame tropa desmandada,  
Para fiscalizar astuta cuanto  
Humana libertad cometió errada,  
Con odioso tropel asiste, en tanto  
Que á piadosas defensas turba alada  
Se previene, aunque frustran sus descos  
Muchos fiscales contra muchos reos.

Pasmosas atenciones previniendo  
A la que última fué, bien que primera  
Tragedia universal, el Juez tremendo  
Mandó callar la turba plañidera;  
Paran los cielos su sonoro estruendo,  
La tierra su gemir, su saña fiera  
El mar, su furia el viento, y aún callaron  
Los abismos, que atentos escucharon.

Principia el acto, y al concurso inmenso  
Vasto volúmen se abre, cuyas planas  
Y caracteres hablan por extenso  
Las acciones más fútiles humanas;  
A éstas tal vez no se negó el asenso,  
Y engañado dictámen juzgó vanas...  
¡Oh! ¡qué error! pues en este libro toma  
Un peso grave la ligera coma.

Lee cada cual allí cuanto obró errado,  
Y aún más, de que él se glorió inocente;  
Cuanto recató en sombras; lo ignorado  
Es ya noticia universal patente.  
El sagrario del pecho, que al cuidado  
Del corazón jamás fué inobediente,  
Saqueado se ve; con vil desdoro  
La fama desperdicia su tesoro.

¡Oh, qué metamorfosis, qué portentoso  
Los contentiosos actos descubrieron!  
Pública ya, de mil lobos sangrientos,  
La candidez hipócrita exponían:  
No ya de algún locuaz atrevimientos,  
Culpas sí, ya patentes, convertían,  
De infame cuervo en sombras atezadas  
La blanca pluma de aves simuladas.

(5) *Anuntiantur casti iustitiam ejus*. (N. del Colector.)

(6) *Virgini virtutis tuæ emitet dominus ex Sion dominare in medio inimicorum tuorum*. (Idem.)

(7) *In sede maiestatis suæ*. (Idem.)



Ya ¡oh lujurioso vil! tu trato obscuro  
 Infamará la inmensa muchedumbre;  
 Tu corazón, ¡oh avaro! nunca lleno,  
 Cuantos vieron del sol la eterna lumbre,  
 Muerde ¡oh envidia! tus aspides, veneno  
 Que el feliz derramaba en su alta cumbre;  
 Que allí abominarán, aún delincuentes,  
 Alimento tan bárbaro las gentes.  
 Prosigue el juez, y su inflexible vara  
 Con igual discreción segrega atenta  
 Del que vil lobo el crimen lo declara,  
 La que es oveja del delito exenta.  
 Así á aquél para el fuego lo prepara;  
 A este á su diestra con amor lo asienta:  
 Convéncense los reos, y ¡oh, con cuánto  
 Dolor acerbo, interminable llanto!  
 ¡Qué propicios patronos, qué abogados  
 Tendrás que te defiendan elocuentes,  
 Si aún aquéllos, de Dios grandes privados,  
 Los retira el temor de delincuentes!  
 De la más bella madre los sagrados  
 Ruegos allí se interpondrán clementes?...  
 ¡Qué asombro! la dulcísima María,  
 Severa entónces, cuando siempre pia!  
 ¡Oh, las que tiemblan, coronadas testas!  
 ¡Oh, las sacras tiaras que allí gimen!  
 Las púrpuras al hombro son molestas;  
 Las diademas no ajustan, sino oprimen.  
 Ya, la soberbia y majestad depuestas,  
 Los ánimos reales se comprimen;  
 Ya siente Hostilio que su tosca lana  
 Se viese en el imperio angusta grana.  
 Confúndese Alejandro en sus victorias,  
 Y el Grande nombre lo publica injusto;  
 Pompeyo gime sus pasadas glorias,  
 Y César llora su laurel adusto.  
 Los Scipiones desprecian sus memorias;  
 A Octaviano desdórale lo angusto;  
 Decio infama á su saña las portias,  
 Y el bárbaro Neron sus tiranías.  
 A Craso su opulencia no le adula,  
 Ni á Lúculo sus mármoles preciosos;  
 Afige á Apicio (1) su execrable gula,  
 A Horacio sus falernos generosos.  
 Bias (2) su ciencia fatua la regula,  
 Y el de Arpino (3) sus labios prodigiosos;  
 El de Mantua condena sus loores,  
 Y Nason y Tibulo sus amores.  
 La virtud sola, con la faz serena,  
 Sin miedo asiste al tribunal sagrado;  
 No revuelve en su pecho mortal pena,  
 Ni la consume, tácito, el cuidado;  
 El Juez la mira, de sus gracias llena,  
 Con vista amante, con benigno agrado;  
 Convidala á su diestra, y ella sube  
 En rico trono de dorada nube.  
 «Vén, dice, y de coronas inmortales  
 Cíñe ¡oh mi amada! la sagrada frente;  
 Inmensos bienes tras pasados males  
 Te preparó mi Padre omnipotente;  
 Pasaron ya los impetus brumales  
 Del frío invierno; aurora más luciente  
 Las sombras borra de la noche fria:  
 Vén, pues, y goza ya de eterno día.»  
 Sube, y con ella van al alto asiento,  
 Con el decoro igual, los que abatidos  
 El mundo despreció, y á su lamento  
 Retiró inexorable los oídos.  
 Sube Lázaro alegre, aquel que hambriento  
 Sólo canes halló compadecidos;  
 Sube, y ultraje ya no lo perturba,  
 El que fué innoce vulgar, pobre turba.  
 Légamele también su feliz turno,  
 En tan sacro senado, al que, brioso,  
 Del tercer heredero de Saturno  
 Despreció el mayorazgo poderoso:  
 Fuera ya vasto esmalte á su coturno

(1) Famoso gastrónomo romano del tiempo de Augusto. (Nota del Colector.)

(2) Filósofo; uno de los siete sabios de Grecia. (Idem.)

(3) Cicerón; nació en Arpinum. (Idem.)

Del Pactolo y Ceilan lo más precioso;  
 Ya se gloria en el felice aumento  
 De que, si uno dejó, le dieron ciento.

Al que inútil cubrió tosco vestido,  
 Rica gala ya adorna, honor luciente;  
 Todo el sol lleva en partes dividido  
 La preciosa diadema de su frente.  
 En sus propios diamantes va encendido  
 El collar de su cuello trasparente,  
 Y en la mano, que luces multiplica,  
 Gloriosa palma la victoria indica.

El que nunca gustó de Circe impura,  
 En fármaco (4) fatal, dulce veneno,  
 Ni del bastardo incendio llama oscura  
 Alimentó en sus venas ni en su seno;  
 Ahora del sacro néctar la dulzura  
 Gustoso liba, y de fatiga ajeno,  
 En el puro raudal de eterna vida  
 Dichas halla sin sombra y sin medida.

Se introducen é inundan el oído  
 Suaves olas de acorde melodía,  
 Que, á no ser inmortal, fuera el sentido  
 Naufrago en dulces mares de armonía,  
 Del Trisagio el aplauso repetido  
 En consonancia alterna competía,  
 Y al eco triste del siniestro llanto,  
 Sus cadencias anima el dulce canto.

La contraria caterva, que infelice,  
 Con torva faz y con sangrientos ojos  
 De los justos advierte lo felice,  
 Fomenta con su envidia sus enojos,  
 Blasfema de su Dios; torpe, maldice  
 Que en pos de los deleites haya abrojos;  
 Y por no ver del justo el gozo eterno,  
 Quiere que le anticipen el infierno.

La triste Erinnis (5) se entra ya en el pecho  
 Del tirano mayor que asombró al mundo (6);  
 Agítale impaciente su despecho,  
 Y contra sí revuélvese iracundo;  
 Ya del que á su crueldad blanco fué hecho  
 (Hijo de la paloma sin segundo)  
 Besa el pié sacro, y, bárbaro, aún le insidía,  
 Bebiendo celos, vomitando envidia.

A los mártires ve, que, astros brillantes,  
 Siete veces del sol vencen los rayos...  
 Nunca en ellos sus iras arrogantes  
 Hallar pudieron del valor desmayos,  
 Cuando sus santos cuerpos palpitantes,  
 De crueldad en sacrilegos ensayos,  
 De hambriento diente destrozaba el filo  
 O animaban los bronces de Perilo (7).

La ronca voz, envuelta en los gemidos  
 Que del ardiente corazón levanta,  
 «Yo á éstos (exclama) los hollé abatidos,  
 Cual suele á polvo vil grosera planta;  
 Yo los vilipendí con repetidos  
 Agravios, y hoy me ciegan, pues es tanta  
 De su esplendor divino la luz bella,  
 Que con ellos el sol aún no es estrella.

«Que, en fin, de Dios era Hijo verdadero  
 El que yo aborrecí crucificado;  
 Que es El mismo, es El mismo el Juez severo  
 Que á eterna mi ignominia ha condenado.  
 ¡Felices Pedro y Pablo!... ¡Dolor fiero!  
 Merecí mi destino desdichado:  
 Ciego estuve aun con cuanta me previno  
 Luz verdadera Hiperión divino (8).

»¿Dónde mis glorias y mi imperio fueron?

(4) Fármaco, en su acepción general, medicamento. Aquí está usada esta palabra en su sentido especial de medicamento hechizado ó filtro para conciliar el amor de alguno. (Nota del Colector.)

(5) Furia. (Idem.)

(6) Alude, como se ve despues, al emperador Neron. (Idem.)

(7) Famoso artífice, que para complacer á Falaris, tirano de Agrigento, inventó como suplicio un toro de metal colocado sobre una hoguera. Los alaridos de la víctima en él encerrada se asemejaban á los mugidos del toro. Aquí alude el Conde de TORREPALMA á los mártires que arrostraban impávidos los primeros cristianos. (Idem.)

(8) Hiperion, en la mitología griega, padre del sol, y aun el sol mismo. TORREPALMA se vale de este emblema pagano para llamar sol divino á nuestro Señor Jesucristo. (Idem.)

¿Dónde mi alcázar y palacio rico?  
 Mas ¡ay! que á mi memoria se vinieron,  
 Y con ellos mis ansias multiplico.  
 Si cual errante luna me lucieron,  
 Quedó la eterna sombra en que me implico;  
 Gusté de Babilonia el fatal vaso,  
 Y me dejó la sed en que me abraso.»

Estas y otras inútiles querellas,  
 Con afecto, ya triste, ya furioso,  
 Forma Neron, y le acompaña en ellas  
 El gemir de aquel vulgo lastimoso;  
 Pero el Juez no pretende socorrelas;  
 Es ántes, sí, su voz trueno espantoso,  
 Y á cada airado acento un rayo halla  
 En la sentencia la infeliz canalla.

No profano, sagrado sí, inflamante  
 Espíritu mi helado pecho enciende:  
 Respire llamas, y la voz levanta  
 Que al mar y al viento la inquietud suspenda,  
 Parad, cielos, la máquina sonante,  
 Y escuchad con horror la voz tremenda  
 Que arroja el Juez, flamígero torrente  
 Que airado sale de su pecho ardiente.

«Caterva (dice), vástagos malditos,  
 Generación fatal, infiel congreso,  
 ¡Qué hicieron mis poderes infinitos,  
 Que de un inmenso amor no fuera exceso?  
 Cargando sobre mí vuestros delitos,  
 Dejé la vida al formidable peso;  
 Mas de mi amor y paternal halago  
 Olvido, iniquidad fué vuestro pago.»

«Hambre cruel, que el cuerpo devoraba,  
 Pálido y débil me dejó algun día,  
 Y la sed, que el humor me desecaba,  
 En las fauces la voz me detenía.  
 Tu gula entónces más se regalaba,  
 Y llegando á tu mesa mi porfia,  
 Quedamos, lleno tú, pero yo hambriento;  
 Embriagado tú, mas yo sediento.

«Tal vez me viste en el Diciembre cano,  
 Cuando helado Aquilon furias levanta,  
 Sin abrigo temblar al frío tirano,  
 Y hollar la nieve con desnuda planta.  
 Tiro te dió la púrpura, y no en vano

Con ella hiciste resistencia tanta;  
 Te pedí la más rota, y ser no pudo;  
 Quedando tú vestido, y yo desnudo.  
 »Mis flacos miembros, que rendidos viste,  
 En medio del camino conculcastes;  
 Sin darme tú consuelo, estuve triste;  
 Enfermo, en mis dolencias me olvidastes;  
 Peregrino, tú, en fin, no me acogiste;  
 Antes el dulce sueño procurastes,  
 Hallándolo, de mi bien descuidado,  
 En blando lecho, en pabellon dorado.

«Luego si acusa á la justicia mia  
 La retardada pena á insulto tanto,  
 No he de daros la luz de eterno día,  
 Mas la profunda noche del espanto.  
 Gemid allí en la horrenda compañía  
 De su bárbaro príncipe, y de cuanto,  
 De la virtud rompiendo la cadena,  
 Mereció en fuego eterno eterna pena.»

Así dijo; y al punto levantando  
 Su nueva comitiva y corte alada,  
 Volvió, regiones de cristal surcando,  
 De su alcázar eterno á la morada.  
 Oscura nube entónces, ocultando  
 El fulgor de la esfera iluminada,  
 Truena terrible, y con fragor envía  
 Fuego del cielo á la caterva impia.

Segunda vez el líquido elemento  
 Bramó, desamparando sus abismos;  
 Volvió á alterar sus ráfagas el viento,  
 Lucharon entre sí los cielos mismos;  
 Titubeó la tierra de su asiento;  
 Y gimiendo entre tantos parasismos,  
 Su faz rasgó, mostrando su rotura  
 La horrenda boca del averno oscura.

Volcan airado, llama tenebrosa  
 Por la lóbrega sima se dilata,  
 Cuyo incendio, con furia impetuosa,  
 En voladores humos se desata;  
 Bramando envuelve á la caterva odiosa  
 Y á las cavernas hondas la arrebatada,  
 Donde en el ciego abismo que la oculta  
 A eternidad de horrores la sepulta.